AÑO XXI 10 FEBRERO DE 1912 NÚM. 499

LA ACADEMIA CALASANCIA

FUNDADOR: REDMO. P. EDUARDO LLANAS, ESCOLAPIO: CONSULTOR DE LA SAGRADA CONGREGACIÓN DEL ÍNDICE

PÁGINAS BÍBLICAS

EL PARAÍSO TERRENAL: SU NATURALEZA: SU SITUACIÓN

Si abrimos los Sagrados Libros, nos encontramos de buenas a primeras con la magnífica descripción del paraíso terrenal, concebida en estos términos: «Había plantado Dios un paraíso de deleites desde el principio, y en él puso al hombre que había formado. Y produjo de la tierra toda suerte de árboles agradables a la vista y sabrosos al paladar: en medio del paraíso el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal. Un río salía del lugar de las delicias para regar el paraíso, el cual se divide en cuatro cabezas: el uno se llama Phisón, que rodea la tierra de Hevilath, donde se cría el oro, y es preciosísimo, y también se descubre allí el bdelio y la piedra cornerina. El nombre del segundo río es Gehón, que hace sus vueltas por toda la tierra de Etiopía. El tercero es el Tigris, que se introduce en la Asiria, y el cuarto se llama Eufrates. ¡Tomó, pues, Dios al hombre y púsole en el paraíso de deleites para que lo labrase y lo guardase. Y le dió precepto, diciendo: De todo árbol del paraíso puedes comer, pero no comas del árbol de la ciencia del bien y del mal, porque el día que comieres de él, morirás seguramente».

Clara es y terminante al parecer la descripción mosaica; cabe, no obstante, preguntar: *¿Fué el paraíso terrenal un lugar terrestre o fué simplemente una alegoría con que se significa el estado de felicidad de nuestros primeros padres?*

En el caso de que sea el paraíso un lugar terrestre, *¿dónde estaba situado?*

Casi todos los Santos Padres y expositores están contextes en que la narración genesíaca acerca de la naturaleza del paraíso terrenal, debe entenderse al pié de la letra, es decir, que debe admitirse un sitio corpóreo y terreno, donde habitaron por cierto tiempo nuestros primeros padres. Sin embargo no han faltado inteligencias de primer

orden que han tomado la narración bíblica en sentido alegórico y místico. Orígenes decía que no hay más paraíso que el celeste ni más árboles que las virtudes angélicas, ni más ríos que las aguas de la gracia, ni más frescura y deleite que la paz de la inocencia. Filón pensó como Orígenes, y el mismo S. Ambrosio parece que siguió de cerca la opinión de aquellos sabios, puesto que, en una carta a Sabino, asegura que el paraíso debió de ser una cosa espiritual e inteligible que recreaba el alma de Adán.

Respecto de la situación del paraíso no hay tanta unanimidad de pareceres, y aunque pueden reducirse a tres las teorías que pretenden dilucidar la cuestión, vamos a citar, por vía de curiosidad, lo que sobre ella han dicho algunos Santos Padres y expositores.

S. Basilio, S. Juan Damasceno, Tertuliano y otros creyeron que el paraíso terrenal debía de ser un lugar escondido y lejos del trato humano. S. Isidoro de Sevilla lo relegó al extremo Oriente; S. Efrén lo colocó al otro lado de los mares y el Tostado lo sitúa entre la tierra y la luna. Otros lo colocan en la isla de Ceilán y dicen que hay allí una sierra, una de cuyas cumbres es conocida con el nombre de *Pico de Adán,* donde cuenta la tradición que se conserva una huella del pié de Adán, de unos dos palmos de longitud.

Finalmente, algunos autores modernos, en su empeño de probar que la raza india es anterior a la raza semítica, colocan el paraíso terrenal en las mesetas del Himalaya, mientras otros lo colocan en la meseta de Pamir.

De las tres teorías que hemos apuntado antes, la primera sitúa el paraíso al N. de la Armenia, junto el nacimiento del río Eufrates; la segunda en la llanura babilónica y la tercera hacia el S., cerca la desembocadura del Eufrates en el golfo pérsico.

¿Cuál de las tres teorías tiene más visos de probabilidad?

Examinémoslas ligeramente. La primera teoría tiene a su favor el nacimiento y curso en aquella región de los ríos Tigris y Eufrates, expresamente citados en el pasaje bíblico. Hay además, en este lugar de la Armenia, otros dos ríos; el Araxes, que desemboca en el mar Caspio y el Fasis, que es tributario del mar Negro.

¿Serían estos dos ríos el Gehón y el Phisón bíblicos?

En este caso, casi no habría duda alguna seria para colocar el paraíso terrenal en la cuenca de estos cuatro ríos y proclamar solucionado el problema que plantea el primer capítulo del Génesis. Pero resulta que, según la relación mosaica, *el Gehón regaba toda la Etiopía, y el Phisón cercaba la tierra de Hevilath,* lo que no cumplen ni el Araxes ni el Fasis. Además, estos cuatro ríos distan muchísimo de tener sus fuentes a corta distancia una de otra, como parece resultar del relato genesíaco. En vista de esto, no han faltado autores, que, como el P. Harduino, han colocado el paraíso en la Palestina, junto al lago de Genesaret, y otros, que, como Le Clerc, lo han situado cerca de los montes Líbano, Antilíbano y Damasco.

La segunda teoría tiene por especial defensor al sabio Enrique Rawlinson, quien se empeña en colocar el paraíso terrenal en la co-

marca de Eridu, en Babilonia. Admitiendo esta teoría, el Gehón sería el Juha, que baña la ciudad de Eridu, y el Phisón sería el riachuelo Uñe. Otros, como Delitzsch, señalan la misma ciudad de Babilonia como lugar del paraíso, en cuyo caso el Gehón sería un canal, llamado Kahán, que rodea la ciudad, y el Phisón sería otro canal, sin denominación particular, puesto que Phisón podría venir de *pisan,* que en caldeo significa *canal.*

A esta teoría responden los críticos que la Biblia llama tierra de Sennaar, y no Edén, a la llanura babilónica, así como los documentos babilónicos no le dan tampoco este nombre. Además de esto, hay que suponer que Moisés distinguiría perfectamente un riachuelo de un río, para no confundir una cosa con otra. Pues bien; Moisés da el nombre de ríos caudalosos al Gehón y al Phisón. Por fin, no cuadra a la derivación de los cuatro ríos de Babilonia, a saber; el Tigris, el Eufrates, el Kahán y el Phisón, la descripción bíblica, puesto que los cuatro ríos paradisíacos nacen de un brazo de agua que entra en el Edén, mientras que los cuatro ríos babilónicos son cuatro brazos que entran en Gan-Duniasch para reunirse en uno, de donde salen unidos formando una sola corriente.

La tercera teoría, cuyo principal propagador es Dawson, sitúa el paraíso a orillas del golfo pérsico, junto a la desembocadura del Eufrates. Según esta teoría, el Gehón es el Kercha actual y el Phisón el Karún. Empero, además de que la Biblia señala a estos dos ríos un curso distinto del que en realidad tienen, hay que oponer a ella el dato importante que señaló *La Civiltá Cattolica,* y es que la región donde Dawson coloca el paraíso es muy moderna, hallándose todavía sumergida en las aguas en tiempo de Moisés.

¿Cuál de estas tres teorías es la más probable? Teniendo en cuenta que carecemos de datos precisos para definir con exactitud la situación geográfica del paraíso terrenal, debido en parte a los trastornos geológicos, en parte a las consecuencias inmediatas del diluvio universal y en parte tal vez a los secretos designos de Dios, como es de parecer S. Agustín, puédese considerar como más probable la que sitúa el paraíso en Armenia, aunque contra ella militen razones tan poderosas como la distinta derivación de los cuatro ríos.

Modernamente Henderson ha publicado un opúsculo en el cual expone otra teoría muy sugestiva acerca del sitio ocupado por el paraíso terrenal, teoría que ya antes había apuntado el P. Harduino. Este autor, siguiendo el parecer de otros escritores, coloca el paraíso en la Palestina, donde se encuentra una región regada por cuatro torrentes, que, naciendo todos casi en un mismo punto, van alejándose para desembocar dos de ellos en el Mediterráneo, uno en el Jordán y otro en el Mar Muerto. Según esta teoría, el paraíso ocuparía lo que es ahora la ciudad de Jerusalén; el huerto de Getsemaní sería el lugar donde prevaricaron nuestros primeros padres; la cruz ocuparía el mismo sitio donde arraigaba el árbol de la ciencia del bien y del mal y donde más tarde fué enterrado el cuerpo de Adán. En este caso, no parece muy ajeno al plan de la grande obra de la

Redención que nuestro divino Salvador, que venía a borrar la sentencia fulminada en el paraíso, recorriera personalmente aquellos lugares, teatro de la gran prevaricación humana, para purificarlos con su presencia y santificarlos con sus virtudes soberanas.

CLAUDIO VIDAL Y CORTADA
Académico Honorario

EXAMEN DE PRESUPUESTOS DE HACIENDA PÚBLICA

I

La fortuna de un individuo o sociedad que explota un negocio mercantil, industrial, bancario, agrícola o de otra índole, está expresada por las cifras que componen las varias partidas del balance general de cuentas que se practica al fin de cada año, y cuando conviene saber la situación económica producida por las operaciones de un determinado ejercicio.

La fuerza económica de una nación está igualmente representada por medio de las cifras que forman el catálogo de los cuadros estadísticos de su comercio interior e internacional de la longitud de sus vías férreas, de sus líneas telegráficas y telefónicas, de su tráfico y comunicaciones, de las toneladas que suman las de los buques mercantes que recorren sus canales y entran y salen de sus puertos, etc. La marcha de las naciones, su política, su fuerza militar, económica, financiera y religiosa; su presente su pasado, su porvenir y sus tendencias sociales, sus orientaciones, su finalidad, todo está por entero retratado en las cifras del presupuesto general del Estado.

El progreso de las ciencias, de las artes, de la religión; la distancia de los astros, su densidad, volumen, rotación, revolución, órbitas y ciclos; la fuerza, el calor y la luz; cuanto se mueve, se agita y está fijo en el universo; lo visible y lo invisible; cuanto alcanzan los sentidos y las facultades humanas, todo o casi todo está medido y expresado en cifras. Y para que esto fuera posible, además de las unidades antiguas, conocidas con los nombres de metro, litro, gramo, peseta, franco, etc., se han inventado las nuevas unidades llamadas *kin, radián*, dina, erg, etc., para representar las cantidades mecánicas; las de Gauss, Oerstid, Amper, Coulombio, Ohmio, Mho, Voltio, Faradio, Julio, Vatio, Henrio para expresar las cantidades magnéticas y eléctricas; y las de Pir, Lumen, Sux, Fot para consignar en cifras las cantidades fotométricas.

Y todas estas cifras, en especial las que honran nuestra civilización y afectan al interés y necesidad del público, se estampan y divulgan para que lleguen al conocimiento de todo el mundo. Las vemos estampadas en la *Gaceta* si se refieren a la fortuna de las sociedades anónimas; y respectivamente las demás según clase, en los *Anales del Comercio Exterior,* en el *Colombo,* en el *Bureau Veritas,*

en el *Almanaque del Bureau de Longitudes*, en el *Almanaque de Gotha* y en otra multitud innumerable de almanaques y revistas que publican los centros científicos y económicos, cuyas estadísticas se divulgan profundamente por el mundo y nunca faltan en las bibliotecas públicas, salas de lectura y centros de información, donde se guardan cuidadosamente como oro en paño.

La persona que sabe leer o interpretar estas cifras, viene en conocimiento de todo, sabe cómo se gobierna el mundo; no necesita oir a comentaristas ni leer artículos de fondo, porque la cifra lo es todo, el reflejo de la realidad considerada en sí misma, y el esplendor de la realidad, comparada con las demás cifras.

La abundancia de estadísticas de toda clase presta a cualquiera materia más que sobrada para tratar del asunto que le parezca más conveniente.

El mejor uso que a mi entender puede hacerse de las cifras, es en el estudio de la Hacienda Pública como el asunto más importante que afecta a la vida de las naciones. Pero no es mi intento pasar al examen de la Hacienda Pública a la manera de un alumno de Derecho que la estudia considerada como una parte de la acción administrativa, que responde sólo a las necesidades internas de gobierno, sin ninguna relación con los grandes problemas, sobre todo militares, económicos y sociales qne se imponen a todas las naciones; sino estudiarla primero en las cifras de sus presupuestos generales para conocer la situación financiera, cómo se ponderan las cifras del balance general de cuentas de un establecimiento mercantil, y pasar, por último, a inquirir cómo se obtienen los ingresos y se administran éstos en las varias naciones de distintas necesidades y orientaciones.

Hace años que el equilibrio o nivelación de los presupuestos generales de los estados está llamando la atención de los hombres de gobierno, que ven que antes se saldaban con *superávit* y ahora se saldan con *déficit* en la mayor parte de los estados, especialmente en los más previsores, más ricos y mejor administrados.

Si se inquieren las causas de los *déficits*, se ve que los gastos públicos, que en rigor debieran seguir una marcha paralela al aumento gradual de los ingresos, porque así lo exige el recto criterio que rige en el orden de las finanzas, han aumentado en tan alarmantes proporciones que superan en mucho más de lo previsto la suma de los ingresos. ¿Por qué esta anomalía? ¿De dónde proviene?

Si se tiene en cuenta el crecimiento que ha tenido la población y el desarrollo tan extraordinario que ha tomado la riqueza contributiva, nacida del aumento de población desde medio siglo, parece que debería quedar un margen más que suficiente que permitiera aumentar los gastos de modo que no hubiera necesidad de romper la igualdad o nivelación entre los gastos y los ingresos. Pues las estadísticas nos demuestran que la población del continente europeo, que en 1875 contaba 312 millones de habitantes, contaba en 1900 392 millones número que ha aumentado en mucho de 11 años acá. Sin querer ave-

riguar si las fuerzas contributivas se han desarrollado positivamente en razón directa de este aumento de población, puede afirmarse, sin embargo, que, en efecto, han aumentado en tales proporciones, que permitían mantener la nivelación de los presupuestos. Pero no ha sucedido así. En todos los Estados, los cuadros de los presupuestos de gastos se han visto superados por tan enormes cantidades, que han destruído los cálculos mejor combinados. Son la causa de esto, primero, las enormes sumas exigidas por la política de los armamentos, formidable prima de seguros que ha tenido que pagarse para hacer respetables y temidas las naciones; y en segundo lugar, los seguros para la vida de los obreros, y las pensiones para la vejez, y en algunos países, la política industrial del gobierno, que se saldan por la partida de gastos generales, que cada día aumentan más y más.

Así los gastos públicos de las naciones de Europa, que en el año 1875 eran de once mil millones de pesetas, se han elevado hoy a veinticinco millares, y las deudas públicas han crecido considerablemente, no sólo a consecuencia de la compra de dominios industriales, sino también por déficits que ha habido necesidad de cubrir con empréstitos. Para remediar tal estado de cosas, incompatible con una buena gestión financiera, los gobiernos se han visto obligados a idear nuevos proyectos de reforma en las haciendas, muchos de los cuales han sido discutidos en los respectivos parlamentos y puestos en la práctica con positivos resultados.

La Hacienda española pasa actualmente por una de las mayores dificultades para cubrir las atenciones de la guerra de Melilla y nivelar, en consecuencia, el presupuesto de Estado, y se encontrará aún en peores circunstancias cuando tenga que atender a las necesidades del país con la resolución de los vastos y graves problemas que se le imponen. El problema militar no puede dejarse sin solución. Los fatales hechos, la guerra de Africa, el modo cómo nos trata la nación vecina, la presión que sobre nosotros se ejerce, lo que ocurre ahora a Turquía, todo nos dice que las naciones, sin gran ejército, sin naves de guerra, están condenadas á gastos superiores a los de que huyen, a continuos sobresaltos, a guerras inevitables, hasta a perder parte de su territorio, sino a un reparto en definitiva. La defensa de la patria contra las demasías del exterior, y las agitaciones continuas de la masa obrera, debidas a las condescendencias y arrumacos de algunos gobernantes, que piden mucha policía, mucha guardia civil, mucha fuerza armada, están llamando a las puertas del Ministerio de Hacienda pidiendo muchos millones.

La fuerza no gobierna; sólo reprime. Las masas obreras, unidas al republicanismo y socialismo, están en continua agitación, y armados del número y del voto del sufragio universal aspiran al poder y lo van logrando sin que la fuerza pueda impedírselo. Estas masas no pueden ser vencidas; hay que amansarlas con las bolsas de trabajo, seguros obligatorios y voluntarios, auxilios a la invalidez, mutualidad para los paros, y otras instituciones que les hagan más llevadera la vida y les conviertan en modestos capitalistas, para que pasen de la

anarquía a una situación de ideas conservadoras. Pero este problema social no puede resolverse sino lanzando millones en beneficio de los obreros, que al fin redundan en bien del país.

Después, o simultáneamente con el problema social, ha de resolverse el problema económico. La clase media, la agrícola, la mercantil, la industria piden con imperio una política económica, especialmente de transportes y comunicaciones. Estas aspiraciones son cada día más exigentes; pero convergen todas al presupuesto. La producción es exigua, y todavía lo es más el consumo. Hay que aumentar el consumo para aumentar aquélla. El mercado es la única fábrica de hacer moneda y la determinante de la potencia del trabajo. El mercado está en las grandes ciudades; luego hay necesidad de formar grandes núcleos de población. ¿Cómo se forman o se improvisan? El medio es conocido. Construyendo vías de comunicación, carreteras, tranvías, ferrocarriles que enlacen las grandes ciudades con las poblaciones de la región, convirtiéndolas en barrios, y enlazando igualmente unas ciudades con otras. La concentración es el secreto de la Economía moderna, es la base de las transacciones. Sin gran base de operaciones no hay mercado, ni banca, ni producción; no hay nada. Pero la construcción de las vías de comunicación cuesta muy cara a la Hacienda pública.

Tales son los problemas que está llamada a resolver con urgencia la Hacienda pública de España, si se quiere levantar la patria del miserable estado de postración en que la han puesto las manos inexpertas que hasta ahora la han manejado; si se quiere hacerla rica, digna y respetada.

Véase lo que se viene haciendo desde muchos años en las naciones extranjeras para resolver los problemas que en España se plantean; cómo se salvan los apuros de la Hacienda; la importancia de las cantidades que se destinan para atender a las principales necesidades del país; qué resortes se tocan; qué clase de tributos se han creado; cómo está organizada la Hacienda para que los impuestos alcancen a toda la riqueza posible, y tribute ésta con equidad y justicia.

En el próximo número examinaremos en globo las haciendas de algunas naciones del continente europeo, y analizaremos en los subsiguientes las clases de tributos creados y las cantidades de los mismos. Veráse entonces cómo se gobierna la Hacienda pública con el análisis y comparación de las cifras de los presupuestos.

Jaime Torres, Sch. P.

LA TUMBA DE ALPÍN

(POLÍMETRO)

Leyenda escocesa

I

. . . . . .
. . . . . .

II

— Suene
Canto,
Llanto
No.
Pecho
Fiero
Quiero
Yo. —

III

Y el bardo
Tocando,
Cantando
Doquier,
Los bríos
Alzaba;
Lograba
Vencer.

IV

— Siga el canto
De alegría —
Repetía
Con afán
El invicto
Y denodado
Y esforzado
Capitán

V

Y los guerreros
Sobre las lanzas
En las matanzas
Diestras sin fin,
Ya no se acuerdan
De sus azares
Con los cantares
Del bravo Alpín

VI

La noche sombría
Veloz avanzaba;
La aurora se alzaba
Con puro arrebol,
Y presto en Oriente
Su globo encendido,
De sangre teñido,
Mostró el nuevo sol.

VII

Al punto en las colinas
Los enemigos fieros,
Osados y altaneros
Sus armas dejan ver.
Uthal, que es el caudillo,
Creyendo descuidados
A Ossián y sus soldados
Ordena acometer.

VIII

Vana esperanza la suya,
Porque Ossián los corazones
Esforzó de sus peones
Con los cantares de Alpín;
Y pasó la noche en vela
A la lucha apercibido
Sobre la lanza tendido
Con la vista en el confín.

IX

Se acercan las huestes contrarias
Y al grito terrible de «guerra»
Temblando se mueve la tierra,
Las lanzas se rompen doquier.
Montañas y valles vecinos
Los ecos sin fin repitieron;
Y es fama que atónitos vieron
Cual ríos la sangre correr.

X

La victoria se alzó de repente
Bendiciendo de Ossián la mesnada;
Y la tropa de Uthal espantada
Por las breñas sin orden huyó.
Mas de nuevo la noche importuna
Un sudario de sombra extendía
Y la luz que en Ocaso se vía
De repente en los mares se hundió.

XI

En vano por los montes y cañadas,
En vano *el vencedor* busca impaciente,
En vano ordena a su rendida gente
Buscar sin tregua al valeroso Alpín.
Un herido asegura que lo viera
Con diez contrarios en atroz combate;
Y que tras largo defenderse, el vate
Cayó en poder del enemigo al fin.

XII

Cual fiera que ruge sintiéndose herida,
Ossián se propone seguir al cautivo;
Quitarlo al contrario, ya muerto, ya vivo;
Y luego venganza terrible tomar.
Sus bravos leones lanzáronse al punto;
Salvaron las cimas de montes y sierras...
Y estragos haciendo de Uthal en las tierras
El sol matutino los vino a encontrar.

XIII

Dobles muros defienden la tropa vencida;
Ancho foso circunda la fuerte muralla;
¿Quién osado se atreve el primero la valla
A pasar bajo el hierro enemigo y traidor?
¿Quién, cobarde, se vuelve tras tanta fatiga?
¿Quién medroso se torna mirando en prisiones
Al poeta que supo con lindas canciones
Despertar patriotismo en el pecho y valor?

XIV

Como el simún furioso corriendo en el Sahara,
Cual rayo que desciende del alto firmamento,
Henchido de esperanza, de arrojo y ardimiento,
Al frente de sus tropas, al foso llega Ossián.
Impávido lo salta, y escala el alto muro,
Que vese desprovisto de pechos defensores:
¡¡Cobardes..., cual mujeres, se esconden los traidores,
Y al desgraciado vate sañuda muerte dan!!

XV

¿Quién fuera capaz en el mundo los llantos amargos
Contar de los fuertes guerreros de Ossián victorioso
Al ver insensible los miembros del *bardo* glorioso,
Y rota por siempre su lira de angélico son?
¿Quién fuera capaz en la tierra los llantos acerbos
Narrar de los viles soldados de Uthal, conducidos
En guisa de esclavos, sin honra, sin armas y heridos,
Llevando de Alpín el cadáver, cual justo baldón?

XVI

Muchos siglos pasaron: y es fama que en tierras de Escocia,
Cuando brilla entre nimbos fulgentes el astro del día;
O en la noche serena se escucha sin par melodía;
Y los ecos, del uno se extienden al otro confín.
Es un genio que vela constante cenizas sagradas,
Es un genio que entona a las veces un himno guerrero
O señala por orden celeste una roca al viajero
Y una letra imborrable que dice: «La tumba de Alpín».

J. Olea Montes, Sch. P.

DE MIS APUNTES PARA LA HISTORIA DEL LIBRO

VII

MATERIAS E INSTRUMENTOS PARA ESCRIBIR, USADOS PRIMITIVAMENTE EN ROMA

El natural deseo de los pueblos y de los hombres de perpetuar los principales hechos de su vida, hizo que los pueblos de Italia, y entre ellos los Romanos, que era el más importante de todos ellos, buscasen la manera de realizarlo, y así usaron ellos los medios escriptóricos que hemos visto eran propios de todos los pueblos de la antigüedad. Tal vez de Grecia los aprendieron: como el alfabeto y la escritura griegas habían pasado, antes de la fundación de Roma, á los Etruscos, los Oscos y demás pueblos aborígenes de Italia, hecho que nos lo prueba la semejanza entre las letras mayúsculas, primeras que formaron el alfabeto, griegas y latinas. Así, dice Leroy de la Marche, hay 15 mayúsculas comunes: A B E F H I K M N O Q S T V X; otras cinco fueron modificadas; la Γ, la Δ y la Λ fueron colocadas horizontalmente, y redondeadas formaron la < C, la Δ D y la Λ L; la P nació de redondear la Π, y la P da, añadiéndole un palito, R, como se ve en los monumentos primitivos, prolongándose después aquél hasta formar la R; suprimieron los signos aspirados ξ, φ, θ, pues eran extranjeros para el oído latino y añadieron la Y y la Z, utilizando figuras griegas, é inventaron la de la G. Por último, más modernamente, se agregaron la J y la U o sea un desenvolvimiento de la I y de la V.

Valiéndose los latinos de su primitivo alfabeto, llenaron de inscripciones tablas de bronce, sobre las cuales fueron escritas la Ley de las XII tablas, tratados de paz y otras leyes como el famoso Senado consulto del año 566 de Roma en que se prescribía la celebración de bacanales, el cual se conserva en el Museo de Viena. Las palabras de Hyginus *in æris libris* designan también tablillas de bronce; en ellas escribieron los Espartiatas a los Indios, y en Lyón se conservan otras del tiempo del emperador Claudio.

Además del bronce se usaron otros metales como materia escriptórica, y así Plinio nos dice que aún en su tiempo se usaban las láminas de plomo, de las cuales se han conocido muchas en los cementerios de los mártires y también en los sepulcros.

Las piedras y el mármol fueron, también, medios de que se valieron los Romanos para conservar los edictos de los pretores, para perpetuar ciertos actos y para redactar sus fastos o calendarios expuestos cada año al público, los cuales contenían indicaciones relativas a la agricultura, astronomía, ceremonias religiosas, etc. Estos calendarios tenían, como el de mármol descubierto en Pompeya, la forma de cubos, cada una de cuyas caras verticales estaba dedicada

a un trimestre. En piedra se grababan, como hoy en día, inscripciones funerarias que se colocaban en los sepulcros o en las paredes de los templos en memoria de algún bienhechor.

De otras materias se valieron los latinos para las inscripciones y escritos, tales como la tierra cocida, según se ve en los famosos vasos etruscos, de gran valor arqueológico y filológico; hojas de olivo, sobre las cuales los siracusanos escribían el nombre de los desterrados (petalismo); telas o lienzos, en las que se dibujaban planos o se reproducían los oráculos, los *libri lintei* de que nos hablan Plino y Tito Livio, incluyéndose en esta clase los carbásinos, o de tela finísima, que según el sentir del primero de los escritores antes citados, tienen su origen en Tarragona (Lib. 19, cap. 1): materias animales, tales como las hojas encontradas en Herculano, escritas sobre huesos y otras sobre marfil, y así Vopiscus nos habla de los *libri elephantini*, destinados á los senado-consultos relativos á la persona de los emperadores romanos, etc.; pero la materia escriptórica más en uso fueron las tablas de madera.

Geraud afirma que antes de las columnas de bronce se usaban en Roma tablas de roble, que se exponían en el foro, lo cual prueba la antigüedad de la madera como materia escriptórica, sobre la que debieron grabarse primitivamente las letras pero que bien pronto se recubrieron, principalmente de cera, substancia que tiene la ventaja sobre las otras de ser de fácil substitución y poder reemplazar fácilmente los caracteres trazados sobre ella.

Las tablas sin encerar se llamaban *tabulae nudae* y las recubiertas de cera recibían el nombre de *tabulae cerae*. De éstas las había de tres clases: céreas o cubiertas con una capa de cera derretida, que servían para borradores y para usos caseros, como la lista de platos, y en general para aquellos escritos que no requerían permanencia; las enceradas eran las estrujadas con cera y bruñidas, destinadas a larga duración, como las tablas testamentarias, y las ceruseadas o pintadas de blanco o albayalde, llamadas *album,* servían para usos públicos, como para promulgar las leyes, nombrar senadores (album senatorum) o jueces (album judicum, etc.) o para uso religioso, como las tablas votivas de los templos paganos, las que colocaban los primitivos cristianos en sus Iglesias, para conmemorar algún martirio, etc.

Todas ellas tenían como materia príma el roble, el pino y otras maderas, siendo las de cera muy apreciadas; su tamaño era variado y se dividían, según su magnitud, en tablas o tablillas, según los colores que daban a la cera en virides (verdes), croceas (amarillas) y purpúreas, y según los objetos a que se destinaban se llamaban testamentarias, nupciales, votivas, etc. El uso de dichas tablas era general como lo atestiguan los escritores romanos: los anales de los pontífices, o sea la crónica, día por día, de los principales, acontecimientos del año se escribían probablemente con tinta negra sobre los *album,* que se exponían en la mansión del pontífice, señalándose severas penas a los que las borrasen o alterasen. El Digesto ha-

bla de testamentos escritos sobre tablas de madera, y en el Código Teodosiano se citan leyes publicadas sobre tablas ceruseadas.

Plinio, a quien debemos gran número de noticias sobre toda clase de materias escriturarias, nos dice que para que en las *tabulae cerae* estuviera la capa superior fina y dispuesta para la escritura se hacía uso del aceite, procediendo de dicha operación el nombre *aboleo, ire* (borrar, abolir). Preparadas de esta suerte las tablas, con mayor o menor número de operaciones, según su clase, se trabajaba sobre ellas, pintando Ovidio tal acto con esta hermosa descripción:

Et mediata manu componit verba trementi
Dextra tenet ferrum, vacuam tenet altera ceram;
Incipit, et dubitat: scribit, damnatque tabellas,
Et notat, et delet: mutat, culpatque, probatque.

¿Qué instrumentos utilizaron los Romanos para escribir sobre las tablas? Claro está que los que servían para escribir sobre las piedras, láminas de plomo, etc., y en general sobre aquellas materias en que más que escribirse se grababa o se escribía en seco, debían ser distintos de aquellos otros instrumentos que servían para el papiro o el pergamino, y por lo tanto sobre estos no se escribía con el *grafium* o *stylus* propios para las tablas. Era el estilo un punzón por una parte agudo, como una aguja, para escribir, y por la otra llana, a manera de espátula, para corregir y borrar. De aquí nació la expresión *vertere stylum,* porque tenía que volverse para borrar. Distintas formas de estilo se han encontrado, unos de hierro, otros de bronce y también de hueso, así como otros objetos relacionados con la escritura, y a su vez los escritores latinos nos hablan repetidas veces del estilo y nos mentan que no siempre se dedicaban a la escritura, sino que servían para usos bélicos, y así Suetonio nos cuenta que César, al ser asesinado, con su estilo de hierro atravesó el brazo de Casio, y que Calígula intentó dar muerte con el suyo a un senador. Séneca relata el hecho de que habiendo Erixtión, caballero romano, dado muerte a su hijo a fuerza de azotes, fué linchado por el pueblo, valiéndose de los estilos; y con los que se servían para aprender a escribir, los discípulos de S. Casiano martirizaron a éste, como describe Prudencio.

COSME PARPAL Y MARQUÉS
Presidente de la Academia

HABLANDO CON FENOMENÁN

Se me había dado una tarjeta de recomendación. Corrí en busca del barrio, calle o mejor; puñado de casas, y del número que marcaba la correspondiente a Fenomenán. Empujé la puerta y penetré con suma prevención.

—Tenga la bondad de conducirme a las habitaciones de Fenomenán. Preséntele antes esta tarjeta.

—Puede usted pasar cuando guste.

El salón de meditaciones de mi personaje es una cueva artificial, obscura, sin ventana que permita la luz del sol. Es todo un recinto de muerte. Los golpes del pico son el único artesonado de las paredes.

En un rincón reposa un esqueleto humano.

De otro ángulo de la gruta cuelgan hábitos de monje, espadas y libros voluminosos.

Fenomenán es hombre de mediana edad; su ocupación única es el pensar. Aquella cueva, casi una sepultura, es testigo de una soledad aterradora.

Fenomenán es todo un caballero. Viste a la moderna; no come hierbas, sino platos exquisitos; no ha dejado crecer salvajemente su cabellera, ni aun su barba; lee cada día muchos periódicos nacionales y extranjeros, se entrega al ejercicio del cuerpo en horas determinadas y está casado con una dama de altas dotes.

Fenomenán tiene, en la época en que vive, un gran defecto: piensa... se entrega por completo a la meditación, y sospecho que no por eso sea la mística. No sabe pasar un solo día sin filosofar altos problemas, y si ajenos motivos a su voluntad le impiden ese sport del espíritu, se queja amargamente de haber perdido un tanto de vida.

Me vi, pues, en la cueva, dispuesto a entablar amistad con hombre tan devoto de las excursiones anímicas. Una lámpara de aceite proyecta imágenes penumbrosas, posándose un rayo débil, gris, sobre la frente de Fenomenán.

—Si usted hubiera llegado a mí sin recomendación de ninguna clase, quizá me negara a recibirle. No vea en mis palabras una ofensa, sino una confesión verdadera, que al meditarla confirma una estúpida paradoja de las costumbres... la predisposición artificiosa del hombre a recibir y tratar bien a los que se preceden de recomendación.

—Perdone usted que haya acudido a ese extremo. No creía pudiera violentar o ir contra su modo de sentir, pero...

—Ha obrado usted de acuerdo con una costumbre del todo incipiente, y yo al recibirle (por el mero acto de hacerlo con satisfacción), he acentuado una vez más la potencia nociva de esa costumbre. Decía que quizá me hubiera negado a recibirle porque tengo el vicio de huir de la gente extraña. Rehuso las amistades nuevas, convencido por la triste experiencia de muchos años, para no hallarme

continuamente frente a caras y actos que atraen precisamente por la novedad, pero que bien pronto se me antojan remedos, rutina, de sus semejantes. Esa es una prosa desconsoladora. No así me ocurre con mi familia, con mis hijos, en quienes distingo continuamente cualidades y defectos que jamás conocí. No me disgusta su presencia, no me molesta; si tiene usted valor para resistirme yo le auguro una buena amistad. Es usted el primero que ha entrado en esta salita sin que yo haya podido leer al momento en el semblante, en los ojos, un pronunciado terror a mis solaces. Esa ha sido la mejor recomendación que podía procurarse. Esta tarjeta no vale siquiera el trabajo de leerla; la manda (usted lo sabe bien) un gran señor... que no tuvo inconveniente en mirarme con compasión aquí dentro, mientras el agradable aspecto de esta cueva le hizo huir a los tres minutos de entrar en ella y le tuvo con ideas de hipocondríaco por mucho tiempo. Sin duda ese señor no profesa a usted un verdadero cariño. Vea, pues, en esta tarjeta, una prueba de otra nota que acompaña a menudo a las recomendaciones: la insinceridad.

— ¡Oh!... tiene usted mucha razón. Yo no he de valerme nunca más de esos falsos o inocentes heraldos. Ha dicho bien: los ojos delatan con certeza abrumadora.

— ¿No le dijo el firmante de la recomendación que sentiría pavor al verse rodeado de este ambiente sepulcral? ¿No le dijo que mis extravagancias daban mucho que pensar?

— Todo eso me dijo; pero creo que usted no admitirá mis excusas... cuya justificación (tácita, que es la más elocuente), no es sino la serenidad de mi espíritu en esta escena de realidad, y la complacencia que siento frente a los atributos de la misma. No me aterro ante un esqueleto que pudo ser de un hermano benemérito de la humanidad, o de un malvado. No me amedrento ante los símbolos del tiempo y la verdad volando triunfante por encima de los hombres. No me asusto tampoco de verme enterrado por unos instantes en este covacho, relicario de muchas ideas, que de no ser hijas del sentido verídico de la vida, serían terriblemente lúgubres. Siento admiración por estos hábitos y espadas que dicen actos e instituciones de gran influjo en la marcha de los acontecimientos históricos. En fin, aquí me siento inclinado a lo grande, me siento bien, que yo creo que es significativo preludio de lo grande.

— Piensa usted como yo.

— Quememos, pues, esta tarjeta, aunque deba un agradecimiento profundo al común amigo que tanto empeño puso en que conociera a usted.

— Quemémosla... aunque yo haga constar también mi gratitud por haber detenido mis deseos de no dejarme visitar.

Fenomenán acercó el papel a la llama de la lamparilla y exclamó:

— Lo que estoy haciendo no es más que un acto de justa soberbia.

Su rostro se iluminó de una franca alegría.

—Y bien, ¿de qué hablaremos, amigo?

—Tiene usted la palabra para tratar de lo que guste.

—Entonces, demos por terminada esta primera entrevista de la cueva, y salgamos a respirar los aires puros.

Caminamos largo rato por un corredor y llegamos a un frondosísimo jardín.

—Aquí tiene el hombre un bello consuelo. Los árboles ¿no le parece a usted? hablan siempre con sonrisa.

Fenomenán gustaba también de las bellezas de la naturaleza, que ofrecía allí contrastes llenos de poesía. Los caminillos tapizados de hierba verde y olorosa; las copas de los árboles, extendidas, abiertas, dando sombra agradable; el rumor de las fuentes, en fin...

No habíamos caminado diez metros cuando un sirviente invitó al filósofo a la mesa que esperaba. Mi amigo siempre ha sido un buen comensal.

Me despedí.

—Nos veremos... indudablemente vendrá usted muchas otras veces, me repitió, ¿no es así?

Me dirigí a mi casa; de la de Fenomenán tengo un gran recuerdo: a pesar de la celeridad de mi paso, conservé por mucho rato un olorcillo a pollo asado verdaderamente tentador.

No tuve suficiente ocasión para conocer al detalle a Fenomenán; pero sí para opinar que es un filósofo a la moderna.

Luis Marimón
Académico de Número

CRÓNICA ESCOLAPIA

De Cuba

Escuelas Pías de San Antonio (Habana). — Los días 22 y 23 del actual, los alumnos de las Escuelas Pías de San Antonio, sitas en el edificio San Rafael, número 50, terminaron sus trabajos escolares del año en curso de 1911 con solemne velada.

Comenzó ésta ambos días a las ocho p. m.

Una hora antes llegó el cronista, saludó a los profesores y en particular al P. Rector Eloy Vidal, ilustrado escolapio, a quien hizo presente su deseo de visitar los diversos departamentos del Colegio.

A la luz de grandes mecheros y bujías eléctricas, recorrimos las diversas aulas, en las cuales admiramos los trabajos de caligrafía, cuadernos de cuentas, de dibujo, análisis, redacción de documentos mercantiles y amenas composiciones sobre distintos temas de las ciencias naturales.

El material es abundante y ajustado a las reglas e instruciones de la moderna Pedagogía.

Los dormitorios, patios, comedores y baños, conforme a la más escrupulosa higiene.

La parte moral es excelente, según observamos en los registros.

Y vamos a la velada.

El salón de actos presenta un golpe de vista deslumbrador.

En la presidencia saludamos al Canónigo R. P. Abín, Pbro. Corarles, los Es-

colapios de Guanabacoa Tranquilino y Casulla, y al redactor del «Diario de la Marina» Sr. Pedro Giralt.

Comienza la velada con la Fantasía sobre motivos de Cavallería Rusticana, muy bien interpretada por el Pbro. P. Juan B. Juan.

Diserta muy competentemente sobre «Dios y la Astronomía» el alumno Teodomiro del Río.

El coro de alumnos del Colegio canta la Salve del «Molinero de Subiza».

Los alumnos Juan Calego y Luis Aragón recitan con areglo a las leyes poéticas las poesías «El Huérfano» y «Cambios de aguinaldos».

El barítono Sr. Miró canta durante el curso de la velada cuatro canciones de renombrados autores, acompañado al piano por el presbítero antes citado.

Ortelio Martínez Fortún y Herminio Rodríguez deleitaron a la concurrencia con la recitación del diálogo «Armonías siderales».

Julio Quiñones recita la poesía «La Felicidad» y su condiscípulo Manuel Fernández Valle un chistosísimo cuento titulado «Pequeños huelgistas» y el coro canta «La estudiantina» preciosa composición musical, a los acordes del piano.

«La Caridad cristiana», poesía, es declamada por José M. Cabrera.

«Al despertar», poesía, por el niño Andrés Lara.

Con tal gracia la recita el pequeño Andresito, que tuvo que repetirla entre delirante ovación del público, entusiasmado ante la precocidad de un niño de cinco años.

«El color de más valía», diálogo muy ocurrente, es desempeñado con gracia por los alumnos Mario Lange, Carlos M Jiménez, Rafael Gutiérrez, Andrés M. Jiménez, Luis Cape, Gabriel Gutiérrez y J. Manuel Cape.

«El Orfeón de Aguacate»: cuadro de comedia, estreno original de un profesor del Colegio, fué muy bien representado por los alumnos Diego Heres, que se reveló como un consumado artista al pronunciar un discurso elogiando la batuta, al par que hace un admirable director de Orfeón que dirige con gran competencia, a Manuel Itaerte, Baldomero Fernández, Juan Fernández Oller, Germán Alvarez Román, Jorge Rey Pravío y Juan A. Menéndez Guanche, que cumplen muy bien en sus respectivos papeles, agradando muchísimo al público, según lo evidenciaron los repetidos aplausos y el regocijo con que vió el público la representación.

El niño José Gros, de ocho años, interpretó al violín, de un modo admirable, la pieza musical «El Barbero de Sevilla», en unión del Padre Juan.

El público, admirado del talento musical del pequeño violinista, le prodigó los aplausos durante largo tiempo.

Cerró la artística fiesta el coro de cómicos de la zarzuela «Los lobos marinos», desempeñada por el coro de alumnos.

El cronista une sus aplausos y felicitaciones a los del público, complaciéndose en felicitar a los alumnos y profesores de las Escuelas Pías de San Antonio, por la brillantez del festival dedicado al Divino Infante, al par que a los padres que educan a sus hijos en tan buen colegio, que instruye y deleita inspirándoles ideas de lo bello y lo artístico, que consolidan las virtudes que sus sabios maestros les inspiran.

Al dignísimo Rector Eloy Vidal estamos muy reconocidos por las deferencias que ha tenido para con el representante de *La Unión Española*.

EL CRONISTA

L'ELOY

VI

L'Eloy estava, com tots els anys, atalayat preparant la festa del seu Patró. Ja feya díes que'n parlava i'l portavà molt enrenou; i ara que ja no's cuidava tant de la botiga, se'n podía ocupar més qu'abans. Si Deu vol, deya ell, aquest any serà com may. Apa, jovent, prepareuvos; a la tarda vos convido a tots a casa, que ja sabeu que hi venen bones pubilles, i per la nit al sarau.

Ja ho tenien tot a punt, i a la vigilia varen començar per guarnir el devant de la botiga i a omplir-ho tot de serrell. A n'en Tomaset, qui comandava la colla i a tots els demés serrellistes els portava entussiasmats l'efecte que feyen aquells llampants colors tant bien disposats per l'avi, ¡ah! perque l'Eloy era l'avi universal del vehinat.

— Apa, canalleta, porteu les pastetes, que'm feu esperar, i l'avi's fa vell. Cuiteu, qu'es fa tart, i ja es hora de tornar a estudi.

— Avi, ¿que li estarà bé qu'aquest tros sigui més curt que'ls altres!

— Avi, ¿sap què pensava? ¡que si posessim aquest tros allà, faría més goig?

— Escolti, avi, ¿vol venir un moment, que demanarà a la senyora del primer pis que'ns dexi sortir al balcó?

I tot era avi per aquí, i avi per allà; mes tot d'un cop, com si un llam hagués caigut sobre l'Eloy, aquest va caure a terra pres d'un atac. Els fadrins de més aprop hi varen córrer a aguantarlo, mes varen fer tart.

Ab natural sorpresa va córrer aquella trista nova per tot el Born, i ben aviat l'entrada del manyà se va veure curulla d'amistats, qui ansioses venien a interessarse per llur amic, perque per molts d'ells ell havía fet sempre tot quant havía pogut en compromeses circumstancies. Al entressol no hi varen pujar més que'ls de la familia i els més íntims, qui'ls aconsolaven de la dissort que'ls corprenía. Volíen fer quelcòm per curarlo, per retornarlo, mes no savíen per ahont posarshi. Els uns deyen d'anar a cercar a *D. Enrique,* mes la Mercè li dolía que no fos en «Pau de les potingues» el qui li dongués la primera mirada, i varen acabar per contentar a tots enviant a buscar els dos.

En Pau va tenir un esglay quan li varen dir, i poc savía lo que's pescava. Al pobre'l varen anar a trovar a les voltes dels encants, qu'es ahont tenía les consultes, i quan ab més dalit havia cautivat al públic fervorós qui l'escoltava, el manxaire se li va enfilar al cotxe, i tot d'una li va dir el trasvals qu'estaven passant a la botiga. No va tenir pas més temps que saltar a terra, arreconar l'ambulant establiment a un proper quincallaire, i ab la barba postiça i tot, va arrencar a córrer derrera d'aquell trist embaxador que tan mala nova li duya..... Va durar una estona qu'als encants no's parlava d'altra cosa sinó de la fugida d'en Pau, i al vol de la parada s'hi va fer un gros

rotllo qui ho comentava a la seva manera, y una dona qui semblava estarne enterada, esplicava lo passat als més tafaners. — Diu que l'han vingut a buscar perque aquella del carrer de Flassaders, pobreta, diu que s'ha tornat boja.....

En Pau ab poca cosa l'hauría curat al seu amic del mal que patía; ell, ab les seves fregues, l'hauría posat a tó, prò el metje li va cridar *l'alto,* hi varen tenir una agafada molt forta, fins que *D. Enrique* li va dir que no era ningú per discutir ab ell, i com qu'en Bertomeu i els demés se varen posar de la banda del metje, en Pau, tot ressentit pel desaire que li donava la familia, se'n va entornar tot rondinant. — Aquets *matasanos* lo que volen son visites i que durin. Ves de que'ls hi ha de venir el curar a la gent.....

D. Enrique va cridar a n'en Bertomeu i li va dir que no era cosa de jugar ab lo del seu sogre i que la cosa anava més seria de lo que's podía pensar, doncs era molt fàcil que li repetís l'atac, i si era axís, s'hi podría quedar.

— Doncs axís li sembla —va dir en Bertomeu— qu'es qüestió de fer un pensament.

— Sí, creguim; i com més aviat millor.

— ¡Ay! ¿Vol dir, senyor metje? — va fer una vehina, ficantse en la conversa dels altres — ¿Vol dir que no l'espantaràn ab una cosa axís tant de sopte?

— Y ¿de què s'ha d'espantar? Vosté s'espantaría, poca ànima. Si'l meu pare sapigués que m'hi penso en ferli portar Nostramo, prou m'ho tindría en compte.

***

Pel carrer de Sombrerers passaven en professó tots els vehins i amistats de l'Eloy que acompanyaven al Viàtic sota tàlem, portat pels obrers de la parroquia. El vehins qui havíen sapigut que s'anava a combregar l'Eloy, havíen posat domassos, i a son pas, de tots els balcons i finestres varen sortir a ferli llum. A la placeta tothom va posar domassos i varen treure el quinquer a fer llum al Santíssim, qui anava a visitar al seu amic. La Mercè's va donar ansia en arreglar l'escaparata i encendre'ls ciris del Monument, i la *Duloras* va preparar la tovallola. L'Eloy demanava tot sovint al bon Jesús. — Encara no ve el meu consol? Mercè, ¿per què triga tant? Prò la Mercè no tenía ni ànim pera contestar.

Com de costúm, els més íntims havíen anat pujant a dalt, i tots anaven arrivant estranyats de la tràgica nova.

— I doncs, ¿cóm ha estat axò, Bertomeu?

— ¡Ay! Deu lo guard, Sr. Batista. No ho sé pas: ha sigut una cosa molt sobtada. Res; mentres guarnía la sortija ab la canalla.

— ¡Mare de Deu, quin *susto*! I la teva mare, ¿com deu estar? ¡Pobre dona!

A la botiga hi havíen totes les dones del vehinat, qui comentaven ab veu baxa aquella sobtada desgracia, qui'ls feya anar tan trastornats.

— Prò, ¿ha vist, senyora, quines coses passen? ¡Ay Jesús! jo m'he quedat tota no sé cóm.....

¿I jo? Si feya poca estona qu' acabava de pujar a casa pera guarnir el balcó. I encara m'en recordo que no hem fet poca broma.....

— Tan axerit qu'era. ¿S'en recorda de lo qu'ens feya frisar quan li anavem a demanar el cerca-pous?.....

— ¡Com el trovarèm a faltar tots plegats!

— ¿I la botiga? ¿Vol dir que no? Vaya quin un el seu gendre per trencarshi gaire'l coll. Me sembla qu'es capàs de *derrochar* tot lo que ha arreconat aquest pobre vell. Son axís aquests, sempre...

— Calleu; callin, callin, que ja es aquí... psi... psi... Tingui; encengui vostè.

— Ay, senyora Vicenta, dexim passar al derrera, perque com una servidora no va negre, no voldría que'm vegessin els de la casa...

El tàlem se va parar devant de la porta; una flaira d'encens va omplir tota la casa. Tothom restava agenollat i compungit, i a la placeta hi havía també una gran quietut; sols se sentía el seguit bellugueig del serrell de la sortija que tan joyosament l'Eloy hores abans havía colocat, i aquella remor ab la que un airet gelat s'hi entretenía, donava més tristor al cap-vespre.

Nostramo va ser entrat a casa, i a son pas per la botiga, la cadernera d'en Tomaset, que tota la tarda estava motxa, va fer una llarga cantada refilant ab ton son pit. Jesús visità al bon manyà, i ell, ab aquell dalit ab que l'esperava, el va allotjar joyòs dintre son cor. Al entressol, a bax i al carrer tothom plorava, i aquells planys se barrejaven ab els gemecs de l'avi i ab el cant d'aquell aucell, que tanta estimació tenía.

***

La nit era molt freda i a dintre la casa tots s'hi gelaven. El germà de l'Eloy despedía a la porta les vehines de dalt qui s'havíen ofert a vetllar. Va tancar la porta i se varen quedar tots els de la familia, i a més en Magí, el fadrí major, qui conexía l'Eloy de tota la vida.

— ¿Ja haveu tancat? ¡Ba! no estigueu per mí axís; ja podeu anar al llit. Mercè, demà si que no podrèm fer pas la festa dels altres anys. ¿Que sabs si j'han portat les entrades del sarau?

— No ho sé... prò, apa, no parlis més, Eloy, que't canses.

— ¡Oh! Sant Eloy gloriós, pregueu per mí. Demà no podré anar a ofici.

— Apa, no't cansis, que si després te.....

— ¿Per què plores, Mercè?... ¿Per mí? ¿Per que Deu me demana? ¡No ploris, no, que ja'ns veurèm allà dalt!... Sobre tot, Bertomeu, cuida't de tots, que no'ls hi falti may res; i tu també, Miquel, fes de bon oncle; fes lo que puguis, que ja ho veus, jo me'n vaig... No ploreu, no us en aneu, qu'os vull veure tots plegats.

— Reposi, pare, no's cansi. Resi força pera que Deu li concedesca lo que més li convingui. Estigui tranquil, pare.

— Sí, pare; ¿vol que l'ajudi jo?

— ¡Ay! filla meva... ¡Sobre tot el nen!

— *Vamos,* pare, reposi. Ara resarèm tots dos...

A la cambra del costat s'hi havíen anat reunint tots els altres i passaven el rosari ab veu baxa. Tots estaven arrupits pel fret que feya. En Miquel, de cap al llit, de tant en tant s'axecava i anava a escoltar desde la porta de la cambra'l seu germà. La Mercè estava asseguda a un silló i tenía un braser als peus; a son costat en Bertomeu, qui bo i amanyagantla la consolava. Els ulls de la pobra esposa s'omplíen de llàgrimes. La Mercè feya'ls derrers esforços per contenirse'l plor. A la cambra de l'Eloy algún qu'altre cop se sentía parlar a la Duloras, qui animava al malalt, i junts tots dos se'ls sentía resar.

. . . . . .

Hores més tart, quan tot just apuntava l'auba de la diada de Sant Eloy, d'aquell virtuós menestral els àngels ne recullíen l'ànima i'n feyen bell present al Tot-Poderós.

M. COMAS ESQUERRA
Académic de Número

BIBLIOGRAFÍA

BALMES, precursor de KETTELER, por *D. M. Arboleya Martínez*, Pbro., con un prólogo de *D. Amando Castroviejo*, Catedrático de Economía política en la Universidad de Santiago.—Luis Gili, editor.—Claris, 82, Barcelona

La próxima celebración del centenario de Ketteler, a quien, con todos los autores llama Max Turman «el primero, el verdadero iniciador del movimienlo social contemporáneo», ha inspirado al Sr. Arboleya la idea de escribir el libro que anunciamos, y que aparecerá muy pronto, coincidiendo con las fiestas del mencionado centenario.

El autor, con textos indiscutibles a la vista, vindica para Balmes la gloria de haberse *adelantado* a Ketteler en la manera de tratar las cuestiones sociales, de modo que si el celebrado Obispo de Maguncia es «el gran precursor» de León XIII, como lo llamó el mismo Papa, Balmes merece ser llamado y es el gran precursor de Ketteler.

Puntos de vista generales, existencia, importancia, naturaleza, causas y remedios de la cuestión obrera, errores de la economía liberal, propiedad, trabajo, salario...; en el libro del Sr. Arboleya se exponen las enseñanzas de Ketteler sobre todas esas gravísimas cuestiones, y se demuestra que *antes que él* había hablado Balmes de ellas *en forma semejante, y a veces hasta con mayor claridad y precisión*

Además, el Sr. Arboleya expone sobre todos esos asuntos el estado de la cuestión y las respectivas enseñanzas de las diferentes escuelas, resultando que al mérito de vindicar para el polígrafo español una gloria por lo menos igual a la de Ketteler, une este libro el de ser un tratado completo y metódico de la cuestión social y una historia sintética de los verdaderos orígenes del movimiento social católico, hoy tan extendido.

Las oportunísimas e intensas observaciones que en el prólogo expone el doctísimo economista Sr. Castroviejo, completan la revelación de la grandiosa figura de Balmes sociólogo, delineada documentalmente en el texto por el Canónigo Apologista de Oviedo.

La obra *Balmes, precursor de Ketteler*, llamará sobre sí la atención de los aficionados a estos estudios y merecerá el entusiasta aplauso de los admiradores de Balmes.

Acaba de salir a luz. — Un vol. de 10 ½ × 17 cm. En rústica, Ptas. 2; en tela, Ptas. 3. (Por correo, certificado, Ptas. 0'55 más) — BIBLIÓFILO

IMPRENTA DE LA CASA PROVINCIAL DE CARIDAD.—MONTEALEGRE, NÚM. 5. BARCELONA